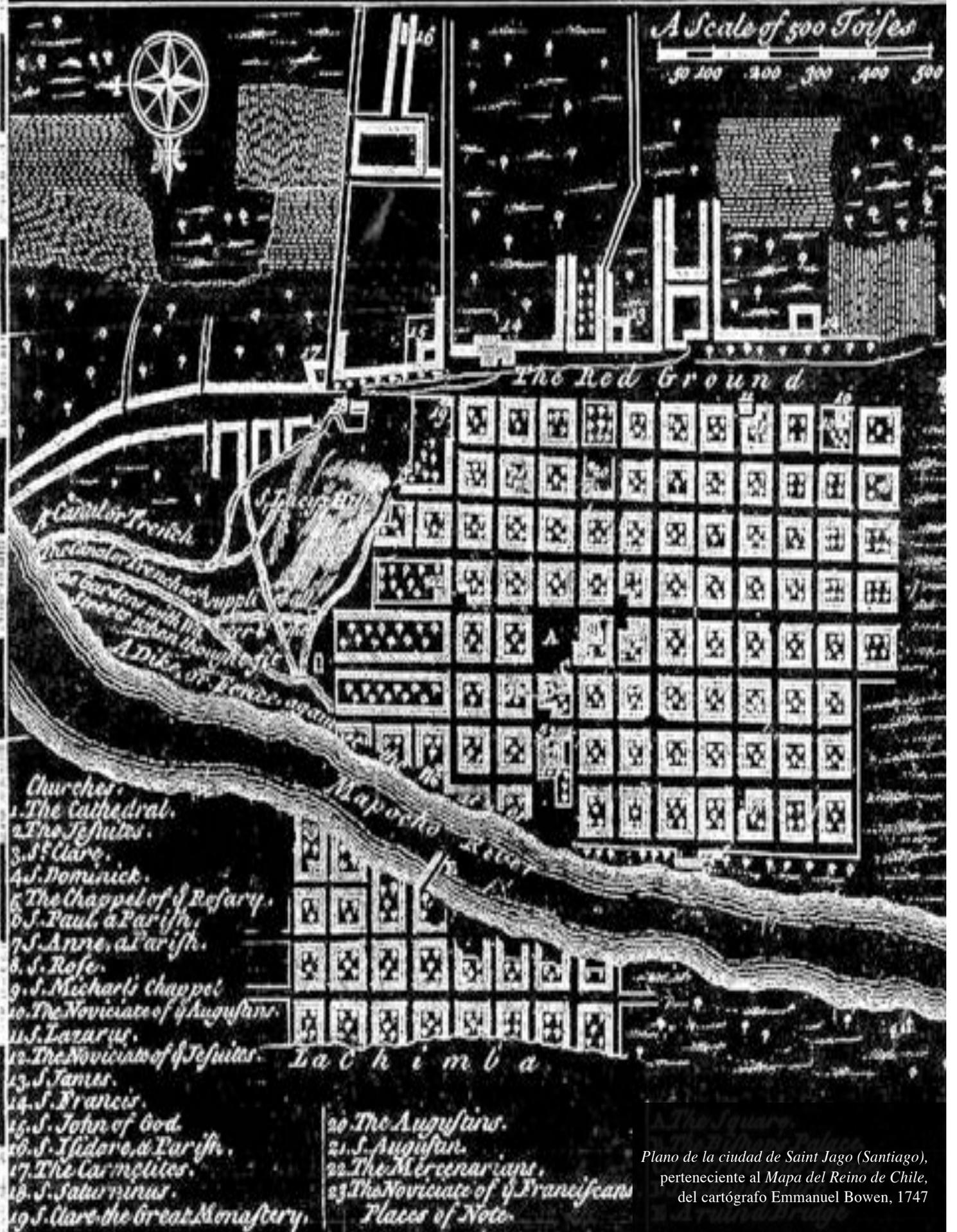


A Plan of the City of SAINT JAGO Capital of the Kingdom of Chili.



A Scale of 500 Toises
 50 100 200 300 400 500

The Red Ground

- Churches.
1. The Cathedral.
 2. The Jesuites.
 3. S. Clare.
 4. S. Dominick.
 5. The Chappel of S. Rosary.
 6. S. Paul, a Parish.
 7. S. Anne, a Parish.
 8. S. Rose.
 9. S. Michael's Chappel.
 10. The Noviciate of S. Augustins.
 11. S. Lazarus.
 12. The Noviciate of S. Jesuites.
 13. S. James.
 14. S. Francis.
 15. S. John of God.
 16. S. Isidore, a Parish.
 17. The Carmelites.
 18. S. Saturninus.
 19. S. Clare the Great Monastery.

- Places of Note.
20. The Augustins.
 21. S. Augustin.
 22. The Mercenarians.
 23. The Noviciate of S. Franciscans.

Plano de la ciudad de Saint Jago (Santiago), perteneciente al Mapa del Reino de Chile, del cartógrafo Emmanuel Bowen, 1747

Carlos Ossa

Santiago: Tejido desgarrado por una subjetividad fugitiva

'Una ciudad que nunca llegó a ser. Que era la pura esperanza de ser algo, la pulsión que rápidamente se desvanece sometida por una moda, por una estrategia comercial o por una catástrofe.'

José Donoso

Urdida por maquinarias de especulación incesante, divertida por un sin fin de biografías y amenazas, Santiago se rediseña a pedazos de porvenir y miseria. Imposibilitada de unirse en un mapa, recortada por políticas edilicias que la vigilan y disponen, hace de la comunicación un recurso imaginario que devuelve todos los días una ilusión de totalidad fracasada. Inventando su pasado para profitar de él en un presente sin culpa, la ciudad quisiera administrar su historia, pero en realidad sólo la cancela y a cambio, deja una serie de noticias gastadas por la usura, el trabajo o la pérdida. La ciudad se consume y se renueva en la –cotidiana y meticulosa tarea- de venderse a sí misma. En todas partes los signos del intercambio y la mercancía declaran que el espacio urbano es la extensión de un discurso obsesionado con la ganancia y la seguridad. Santiago, es un cuerpo sobrepuesto, atosigado de monumentos y construcciones que celebran nuevas formas de culto a la personalidad (sin nombres ni personajes) pues este culto refiere a algo abstracto e inmaterial, sin textura histórica porque se lo piensa inagotable: el poder.

La catástrofe de Santiago, no se relaciona –únicamente- con las ruinas dejadas por una política violenta y castradora unida al golpe de Estado de septiembre del 73, con su afán racional y técnico orientado a la desaparición total de cualquier escritura adversa a la unidad de su mito,

sino con la paradoja de una ciudad en permanente construcción y, a causa de ello, en permanente demolición.

La modernización de Santiago no se limita al embellecimiento de la barbarie, o a un mestizaje tecnológico urdido como vida cotidiana y globalización viviendo la hiperconectividad informática y comunicacional. En la predominancia del aluminio y el cristal, que impone el gusto arquitectónico funcionalista, hay un gesto de ruptura con las diacronías de la urbe, la modernización maquilla el territorio a fin de volverlo agradable a los nuevos circuitos de inversión global. La ciudad muchas veces rearmada según el arbitrio de las inmobiliarias y las urgencias del parque automotriz, deja los caminos e impone las rutas: las ofertas de seguridad, de aire limpio y tranquilidad organizan el nuevo marketing urbano, para sugerir que ciertas zonas de la urbe (Vitacura, Lo Barnechea, Las Condes o Peñalolén) pueden aún cumplir la promesa de ciudad-jardín, diseñada por una lógica urbanística que hace compatible periferia exclusiva y éxito. La ciudad crece hacia fuera de sí para interrumpir la pregunta ¿Dónde dejó lo arrasado?

Las 65 mil hectáreas de Santiago han sido estructuradas por los cartógrafos del capital para crear nuevos ejes de estigmatización y fortuna y la exclusión social no sólo opera en lo público, sino también en lo privado. La política habitacional ha creado nuevos propietarios, pero el costo se traduce en una dependencia central con el sistema financiero y sus necesidades especulativas. Casas pequeñas y repetidas rodean los suburbios, poblaciones asalariadas se agrupan en ellas y se entregan al único momento noticioso que les da visibilidad: la delincuencia. Al contrario, la individualización estratégica y autorreferente del condominio

(esa especie de ciudad-fortaleza) o las áreas residenciales pensadas para una nueva generación de profesionales reproductores del mercado-global, expresan un apartheid simbólico y estructural. En ambos casos la segregación espacial no es ausencia de contacto, sino regulación del mismo, entonces la calle -convertida en zona ciega- fomenta la velocidad de los objetos y el roce comercial de los cuerpos como dato de desarrollo y ejemplo. En la intersección de estos dos Santiagos se colocan, como único punto de vínculo precario y restrictivo, las hipermultitiendas que al amparo de su monumentalidad y dispositivo publicitario parecieran reconciliar esas fracturas originadas por la desigualdad silenciosa de urbanistas mezquinos y esquemáticos, las anuencias usureras de economistas irredentos y las leyes parciales de políticos codiciosos.

Al interior de los flujos, por encima de las redes y las corporaciones circulan en resistencia y complicidad diferentes identidades urbanas, que a través de los usos y las ficciones construyen otra ciudad, ni mejor ni peor, sino paralela, emplazada en un suelo de transacciones múltiples de códigos, fiestas, servicios y carencias. En su convivencia mezclan viaje y trayecto (trabajo y cultura), celebran la modernización y el consumo y a su vez, con la protesta provocan la congestión y el atraso, convocando una memoria proscrita. Aquí los tiempos son disímiles y no sólo se subordinan a las exigencias globalizadoras, al contrario se expanden y cubren faenas de intimidad, sexo y comida que exceden la moral de la transición y al mismo tiempo la cumplen, liberan energías más allá del disciplinamiento laboral y a su vez lo mantienen.

Al definir el imaginario social de la urbe se puede identificar a Santiago como un territorio trazado por los efectos de la catástrofe -siempre unida al descalabro natural y la violencia política- y la modernización -siempre en proceso e inconclusa-. De esta forma, la subjetividad

urbana se construye con elementos dispares y antagónicos. El tiempo de la ciudad es múltiple y discontinuo y los relatos se multiplican más allá de la hegemonía comunicacional del neoliberalismo. ¿Cómo vivir juntos si la geografía física delata las asimetrías diarias de una población autodisciplinada y hedonista?

Existe una incapacidad de vivir juntos en el mismo tiempo, y a su vez, no es posible estar separados del ritmo incandescente de una ciudad que necesita la producción de ese acto para no sucumbir a la certeza de ser una comunidad inoperante. El modelo económico se convierte en una lengua predictiva e infalible que arrasa con lo inesperado. La tensión entre lo que debe volver de la historia para hacer posible la ciudad y su denegación sistemática genera un conjunto de disparidades no clasificables que interrumpen lo diacrónico y lo sincrónico, en forma simultánea. Para algunos, entonces, no hay ciudad sólo discurso, para otros inmediatez sin referencia, para la mayoría una urbe inconstante almacenando su desigualdad y futuro sin generosidad ni cálculo.

Al intentar fijar en algunos montajes y síntomas, el enfrentamiento entre tragedia y prosperidad que constantemente vuelve irrepresentable a Santiago, la pregunta por ¿cuáles serían los íconos manifiestos de esta pugna? nos lleva a la imagen de la catástrofe con sus variadas implicancias míticas; las revueltas sociales y las matanzas políticas cuyas deudas y descuidos mantienen en los imaginarios una fuerza sorprendente. Pero también, el deseo de suprimir o trascender la tragedia con las insignias del progreso y el bienestar arquitectónico encuentra amparo en las hablas ciudadanas. Una tirantez hace visibles al golpe militar y la construcción del metro, como los dos momentos ejemplares de lo descrito. Mientras

el saldo que deja la intervención militar en la ciudad es la desaparición (un golpe a la lengua como dice Patricio Marchant); el metro inunda lo subterráneo (el lugar de los muertos) para convertir el espacio de la fosa en el recorrido de la mercancía. De esta forma, el posible terreno de los vencidos y los desterrados (los ocultos), es ocupado por una máquina de velocidad que deshistoriza la urbe al dejarla sólo atada a sermones y predicciones.

Uno de los lugares que usa la ciudad para disolver su nombre es la pose fotográfica de la postal turística donde se construyen mapas sin densidad, congelamiento de lo diverso y afirmación de lo mismo. En el reverso de las tarjetas postales que se venden en el Correo Central situado en la Plaza de Armas, están impresas las siguientes leyendas: *‘Santiago de Chile: una ciudad moderna y atractiva a los pies de la Cordillera de Los Andes’*; *‘Sector de la Avda. El Bosque. Modernas edificaciones han ido surgiendo en éste y otros sectores de la ciudad’*; *‘Moderna vista de la Comuna de Las Condes con la majestuosa Cordillera de Los Andes al fondo’*, *‘Distintos aspectos de Santiago, moderno, pujante y dinámico’*.

Es cierto que las tarjetas postales son el lugar común turístico-promocional de cualquier ciudad que desee lucir sus más convincentes atributos para merecer así ser conocida, visitada o recordada. Pero no sólo las tarjetas postales sino el conjunto de los discursos políticos, económicos y culturales que festejan la imagen-país, coinciden en este cuadro de dinamismo de una ciudad en la que tiene mérito indiscutido la modernización como medida de éxito más que la política como imaginario de emancipación social. Mirando el reverso de estas postales, escarbando en la piel arrugada y suelta de la ciudad, podemos encontrarnos con lo

descalzado, arbitrario y débil que configura a Santiago de la mano de un paisaje heterotópico y de unas imágenes en las que se disgrega y explota. Pequeñas fotografías de la catástrofe y la modernización hacen visible las topografías urbanas que el discurso oficial reprime, espectaculariza o enmienda con el objeto de mantener la autoridad para fundar, demoler y construir.

Rostros a la deriva

De diversas maneras es posible recrear las tensiones (nunca exclusivas y únicas) entre represión política y modernización económica, entendiendo que ambas se diluyen sin testificar con claridad sus efectos simbólicos, pues se diseminan por el mapa urbano encontrando hospedaje o rechazo en las rutinas callejeras de millones de santiaguinos. Por ejemplo, las reconfiguraciones de lo popular determinadas por la democracia de los acuerdos -que tiene horror al exceso- reduce lo heterogéneo a crimen, desacato o sexo sin ley. Si es cierto que la historia comienza cuando la memoria termina, como dice Maurice Halbwachs, lo popular ha perdido su localización urbana y con ello su prosa de reivindicaciones queda reducida a alteración del orden público. Una narrativa mediática, convertida en policía simbólica, censura y vigila la circulación y la conversación de los cuerpos *peligrosos*. Santiago es una ciudad sin héroes y sus personajes habitan un *nosotros* inconcluso.

Aunque los miembros de la farándula, del deporte, la política y el comercio se repiten seriadamente en la máquina televisiva, su eco es precario e inestable. Sólo logran iconizar una actualidad cambiante que

sustenta sus innovaciones y renovaciones en el trueque y la permuta banales. Cuando se les pregunta a los santiaguinos por los personajes de la ciudad, responden aleatoriamente sobre caracterizaciones u oficios: vendedores ambulantes, choferes de micros, obreros de la construcción, carabineros, entre otros. Nombran figuras diversas, cruzan citas reales y ficciones, evitan la precisión de la designación, eluden la gran figura heroica. A pesar del número frecuente de alusiones a figuras políticas o mediáticas (los ex alcaldes de la Municipalidad de Santiago, Jaime Ravinet y Joaquín Lavín; Don Francisco, la ex Miss Universo Cecilia Bolocco o el futbolista Iván Zamorano), la mayoría identifica a la ciudad con el sujeto popular: el lustrabotas, el oficinista, la empleada, el vagabundo, la dueña de casa, etc. De alguna manera la "identidad común" se asocia con lo mínimo, lo ausente de proeza y anónimo -justamente lo que esquivo la memoria oficial- para desplegarse en la urbe en forma de multitud e indistinción.

En los años ochenta el sujeto popular era peligroso por su desorden e insolencia política, representaba el signo de la utopía callejera¹. La transición democrática se esforzó por desarmar el son inconstante de la protesta y generar un lento mecanismo de disolución de lo político y lo social. Después de eso lo popular quedó circunscrito en la textura posdictatorial a la narración del desborde y la delincuencia. Desde la perspectiva histórica: *'El hemisferio popular de la ciudadanía, en un cuarto de siglo, ha debido mudar cuatro veces su identidad histórica. Articulándose, a veces, como 'masa seguidora' en el centro físico del espacio público (la Plaza de la Constitución, La Alameda). Otras veces, como 'grupo de acción directa' en el centro físico del espacio comunal (la calle, la población). O volviendo*

¹ En el periodo de la dictadura militar se hizo común el proceso de erradicación forzada de los sectores pobres, quienes eran ubicados en la periferia, en zonas de difícil acceso a la ciudad, desconectados del centro político y negados por los medios de comunicación. Más de 180 mil personas salieron de los campamentos en que vivían, fueron separados de las comunas a las que pertenecían y desarraigados socioespacialmente.

*a ocupar, por un lado, los ejes de la ciudad, a fin de lubricar la adecuada 'circulación de las elites'. Para terminar, por último, ensayando 'redes' de consistencia tenue pero vinculación amplia, que le permitan catastrar y ensamblar toda la ancha variedad y transversalidad de la autonomía ciudadana'*².

Los años noventa, más pragmáticos y desconfiados de las épicas nacionales de lo popular, hablan de personajes trizados, solos y desconectados. El bailarín sin música que interrumpe la rutina vehicular de la Estación Central; el hombre vestido de mujer que pasea sus pertenencias en un carro de supermercado y se presenta a sí mismo como el *Anticristo*, vendiendo especies raras y literarias en calle Portugal (al costado de la casa central de la Pontificia Universidad Católica); la abuela de los bancos que construía unas intrincadas casitas con cajas de cartón en la Plaza Brasil; el enigmático *gloria al Pulento*, cuya devoción a Dios lo llevaba a predicar un evangelio lóbrego en Ahumada y sus alrededores; el *Falabella*, un caminante desquiciado que se expresa por onomatopeyas breves e intraducibles; el *Chelentaro* y la *Tía Tute*, dos vagabundos unidos por el amor inconstante y los celos alcohólicos, que habitaban la Plaza Yungay.

Durante el año 2008 y en el marco de los programas bicentenario, Televisión Nacional de Chile, difundió un espacio destinado a elegir a los principales héroes nacionales. La votación final se inclinó por un sacerdote, un político y un militar. Lo curioso es que los tres elegidos son figuras martiriológicas y, en cierto sentido, fracasadas respecto al eje histórico en el que se sitúan. El padre Hurtado no logró jamás

² Gabriel Salazar y Julio Pinto: Historia Contemporánea de Chile I. Estado, legitimidad, ciudadanía, ediciones Lom, Santiago 1999. Pág. 119.

crear ese compromiso cristiano con el pobre que tanto predicaba a las elites; Salvador Allende, murió sin configurar un proyecto de izquierda significativo capaz de enfrentar la reestructuración autoritaria del capitalismo. Arturo Prat, un abogado despreciado por no ser militar de carrera, sólo alcanzó el reconocimiento de los hombres de armas cuando se inmoló en la Guerra del Pacífico.

Economías obsesivas

La racionalización productiva orienta las funciones de la ciudad y las hace calzar con una arquitectura taylorista destinada a incrementar las transacciones, minimizar la espera, garantizar la circulación y optimizar el intercambio. Grandes estructuras bancarias, de fondos de pensiones, de salud privada, de telecomunicaciones *oficinizan* el espacio y lo interconectan con la tecnología de punta para mantener en pantalla a proveedores y clientes. Una estética corporativista de diseño neutral fatiga cualquier inclemencia y le da el tono preciso a una edad especulativa donde interesa la máxima rentabilidad, lo cuantitativo y lo numerario. Aunque no son los únicos ni los mayoritarios, estos *ambientes de trabajo* han impuesto un esquema, una continuidad vicaria que reproduce su anhelo de obligación y certeza en los malls, los locales de comida rápida, las consultas profesionales, las tiendas de video, los home-center, etc. Así se consume una visualidad neoliberal que aprisiona las formas, que subordina olores y colores a la racionalidad tecnificada de lo económico. Lo eficaz de esta lógica es la capacidad de abstracción del capital, la ausencia de contacto entre el servicio y el valor que permite un juego de entidades monetarias que no necesitan la producción o el dinero visible, pues se trata de un metabolismo interno sin vínculo con ningún contenido o materialidad.

La ciudad, entonces, premia el discurso productivo y se deleita con las cifras mediáticas de ventas, exportaciones, precio del dólar, tasas de interés fijo, crecimiento de sectores³, etc. Allí se olvida toda la esfera social del trabajo. La ciudad azotada por la nomenclatura neoliberal es reducida a porcentajes y cálculos que expresan una voluntad de triunfo y diferencia con el resto de las ciudades, la mercantilidad de los discursos se complace en hablar –sicóticamente- sólo de *crecimiento* y convierte al dinero en signo omnipresente a través de los cajeros automáticos, bancos, financieras, empresas de seguros y casas de cambio de moneda extranjera que pueblan la ciudad.

La estructuración del empleo es indicativa de esta filigrana donde la ciudad define las ocupaciones⁴ y los caminos: 17.9% de los hombres y mujeres ocupados corresponde a empleados de oficina, un 15.8% trabaja en servicios personales mientras el comercio agrupa al 14,3% de los trabajadores de la región; el 12,9% corresponde a profesionales técnicos y afines; los obreros y jornaleros representan el 5.4% y sólo un 3,5% de las personas trabajan en cargos gerenciales, administrativos y de dirección.. En un marco general los trabajadores santiaguinos, en volumen representan el 50.1% de la participación del ingreso total del país⁵.

³ Durante el año 2001 el monto total de valores transados en la Bolsa de Comercio de Santiago, expresado en miles de millones de pesos fue de 158.200.021.397. Si se compara esta cifra con la inversión del año 2000 en salud ascendente a US\$ 2.037 millones con una participación del 2,9% en el producto interno bruto (pib) se pueden colegir los desajustes estructurales de la circulación del dinero y de los nichos de concentración en los que se encuentra la economía, marcando esa drástica separación entre lo especulativo y lo social.

⁴ La Región Metropolitana concentra el 42,5% de la población ocupada del país. Los santiaguinos trabajan más horas que los habitantes de muchas otras ciudades latinoamericanas, en promedio 2.224 horas en el año. Encuesta Nacional de Empleo (ENE), diciembre 2002 febrero 2003. Instituto Nacional de Estadísticas (INE). <http://www.ine.cl/03-empleo/i-empleo.htm>.

⁵ Fuente INE.

¿De qué modo se articulan dos campos –aparentemente– tan disolutos como la cotidianeidad y la modernización? Las prácticas de ocupación y uso de la ciudad, los tránsitos, los quehaceres, el trabajo y la vida privada son expresiones de un mismo modelo. Una modernización esquizofrénica que comienza en fiesta y termina en duelo se asocia con la destrucción del espacio público por parte de una clase política preocupada de defender sus cuotas y privilegios y dispuesta a entregar la ciudad a cualquier sueño mercantil. Una ciudadanía débil que vota pero no participa justifica la cultura gerencial que insiste en dominar lo simbólico con nuevas formas de individualismo, clasismo y autoridad. En suma, la modernización nos ayuda a percibir que los ciudadanos no construyen ni usan la ciudad a partir de su experiencia individual, sino de los discursos públicos que programan una imagen de integración vía servicios y consumo a falta de participación política.

El Palacio de la Moneda

Si algo ilumina a Santiago es la fuerza material de la autoridad, la presencia constante de una jerarquía racional que prefigura el emplazamiento de las cosas y le asigna techo y valor a los individuos. El Palacio de La Moneda consagra ese propósito regulador en la duplicidad de su función: por una parte, resguarda los secretos de estado y, por otra, manifiesta la publicidad del poder. Su dinámica de los roles lo lleva, en ciertos períodos, a ser un laberinto de decisiones y, en otros, un centro cívico de visitas escolares. De este modo se cierra y se abre a lo social jugando con la censura y las relaciones públicas: lo que se calla por *razones de estado* se muestra como ornamento de las decencias gubernamentales:

‘Pocas capitales del mundo –escribe Carlos Franz- identifican de un modo más desvergonzado, en el principal de sus hitos urbanos, la identidad entre dinero y poder, como lo hace Santiago. En ningún otro lugar, seguramente, el gobierno se ejerce desde un edificio cuyo nombre ‘La Moneda’, evoca la obsesiva preocupación de sus ciudadanos, el bolsillo, la bolsa’⁶.

Museo de la política y estructura de la contingencia ⁷, La Moneda disimula el precio de su perduración en la máscara del patrimonio arquitectónico; se presenta como la historia institucional de una nación *amable y democrática* que -a través de su existencia pública- renueva la ilusión de ciudadanía, queriendo hacer olvidar que es refugio de las impunidades misteriosas que han cortado la ciudad en pedazos. Originalmente proyectada para guardar tesoros y acuñar monedas, hoy es la habitación de un modelo político detenido en la simple –eficaz- administración del presente y obsesionado con la fortuna venidera del desarrollo tecnológico. La remodelación y el reciente blanqueo de sus paredes confirma esta mirada confiada en el futuro, que se vale del recurso neutro al presente (el blanco como limpio instrumento de la borradura) para quitarle sustancia y conflictos al pasado. La estatuaría *plural* de los presidentes de la segunda mitad del siglo veinte que decora la plaza de la Constitución recurre al gesto ecuménico de las esculturas oficiales para, liberados de ideología, confirmar la misma política de los acuerdos y los consensos que se diseña desde el interior del Palacio.

⁶Carlos Franz: *La muralla enterrada*, Editorial Planeta, Bogotá, 2001. Pág. 61.

Conmemoraciones decorativas

No sólo en el afán de la ciudad por urbanizar su economía se grafica el deseo de unirse a la temporalidad y el despegue, también (y así lo creemos) se expresa en las formas ornamentales de lo moderno que delatan una estética del presente y la exhibición. Como ha señalado Nelly Richard, hay un recurso a la monumentalidad en el caso de obras conmemorativas de personajes y acontecimientos fundacionales, cuya grandiosidad muralista compromete una representación colectiva de la historia. El tamaño físico pareciera ser una voluntad de copamiento, de inundación de la mirada para que ella se consuele con el aura oficial. Tal como ocurre con el emblemático mural de Mario Toral en la estación de metro Universidad de Chile (un mural de 1.200 metros cuadrados que le fue encargado al artista por la Corporación Cultural de Providencia, la empresa Metro y el Banco de Santiago, en un vistoso pacto artístico-empresarial): *‘las sedimentaciones del gusto oficial que prevalecen en ellas retratan la historia y la nacionalidad desde la narrativa estereotipada de un himno americanista del Encuentro y la Conquista que oculta sordas tachaduras históricas’*⁹.

El mural se convierte –ahora– en testimonio de grandeza patrimonial y reconciliación entre el ornamento corporativo y la estética política.

⁹ Según S. Accatino, el mural de M. Toral “incorpora al oficialismo movimientos sociales que lo exceden”, “reemplazando el debate sobre la marginación y el olvido de los grupos minoritarios por un argumento que todos los chilenos aprueban, reconocen: el maltrato, el daño, el genocidio de unas razas, hasta finales del siglo pasado, en Chile. Se sustituye en él la urgencia de los problemas económicos surgidos a partir de la propiedad de las tierras y los que atañen al colonialismo cultural, por un lugar común de la historia nacional. Esta sustitución... supone que el exterminio ya pasó y no tiene solución alguna (el indio es entonces un personaje mítico, lapidado en el pasado) o que el encargo del mural es la celebración de una reconciliación”. Sandra Accatino, “Monumentos, museos conmemorativos, imágenes vaciadas de representaciones de la historia” en Revista de Crítica Cultural N°19 sobre “Ciudad, arte y política”, Noviembre 1999, Santiago. P. 49.

Deja su función callejera y se oculta en un mundo subterráneo donde se integra a los múltiples juegos visuales que el metro utiliza para administrar la espera y el viaje. Pierde su traza de objeto anónimo y se petrifica en la retórica institucional del arte público convertido en el nuevo fetiche de los grandes sistemas económicos para decorar su administración. Así, en una ciudad donde las violencias del pasado y los castigos de la dictadura militar han mutilado tantas biografías, los lugares para describir y expresar una historicidad litigante son constantemente amenazados de desaparición por la velocidad de los flujos globalizadores que rastrean lo incómodo y negado en las pantallas con sus tecnologías de la instantaneidad mediática.

En el año 2008 se inauguró en la estación del Metro Parque Bustamante un nuevo mural que recupera la gráfica partidista de los años 60 -cuando en la ciudad de Santiago aparecieron las primeras brigadas muralistas-. El proyecto cita el mundo del trabajo y alegoriza las luchas sociales -sólo que con una cuidada estética- ajena a polarizaciones y más bien dentro de una poética neutral sin inclinaciones odiosas. La superficie de la estación es ocupada por una épica sin sujeto y justifica un gesto estético de reconciliación cerrado sobre sí mismo. El mural se esconde en los subterráneos y sirve de pared a una racionalidad capaz de ensamblar todos los estilos artísticos, según la estación, la línea y el sector social que la ocupa. Una especie de visualidad corporativa para las masas de acuerdo a: línea 5 discurso popular; línea 1 discurso republicano. Las estaciones, a modo, de vitrinas exhiben obras que parecieran clonar la velocidad de los trenes, congeniar la rapidez y el tiempo con vagones que llevan miles de cuerpos movilizados por la producción y las exigencias del trabajo.

Esta voracidad vuelve urgente la pregunta de ¿cómo inscribir el recuerdo de ese pasado dañado en circuitos de referencialidad pública que le den figuración simbólica, textura y densidad existenciales, al acto de recordar? Los parques y memoriales son respuestas a esta pregunta que busca saber -qué- formas de conmemoración diseñar, no sólo para conservar las huellas de lo acontecido sino para que la memoria social tenga la oportunidad de deshacer y rehacer múltiplemente los nudos entre acontecimiento y representación que tejen el recuerdo. *‘La Agrupación de testigos sobrevivientes de Villa Grimaldi’*, *Londres 38*, *José Domingo Cañas*, *la Discothèque*, *la Venda Sexy* y *otros recintos de tortura*” salvó a *Villa Grimaldi* de una desaparición programada (hacer desaparecer el lugar de la desaparición: doble borradura) que, bajo el subterfugio modernizante de la remodelación urbana, iba a liquidar los saldos de una memoria de ofensas cuyo drama ético se había vuelto incompatible con el mercado fútil de la gratificación consumista. Impedir que el terreno de uno de los principales centros de detención y tortura militares fuese barrido por el flujo inversionista de la planificación urbana; salvar ese terreno de la lógica de reconversión funcional con que la racionalidad del progreso extermina los saldos del pasado histórico más conflictivo, permitió al menos demarcar –en negativo– una zona de la memoria que opusiera resistencia a las economías de lo rentable que gobiernan la ciudad con sus leyes de la especulación inmobiliaria’.¹⁰

En los últimos cuarenta años, Santiago, ha sido reformado estética y políticamente por múltiples burocracias públicas y privadas, cuyo objetivo es ordenar la ciudad y embellecer su injusticia. Sin embargo, la cultura visual dominante no logra uniformar, con sus dispositivos, la ebria circulación de imágenes que construyen montajes erráticos de estructuras y cosas. Conviven anacronías visuales con tecnologías

¹⁰Nelly Richard: borrador de texto.



publicitarias en disputa por el espacio, y la mirada es un campo de lucha entre epistemologías iconográficas y convenciones ópticas. El resultado es la turbulencia y el malestar con la representación.

La Plaza Italia

Hay zonas de la urbe donde lo fronterizo hace converger la alegría deportiva con la rabia política, el festejo con la indignación social, el delito con la reunión familiar de domingo. *La Plaza Italia* (o Plaza Baquedano) es un eje demarcatorio que corta la ciudad en dos. A modo de umbral hace posible la convivencia de todos los sectores sociales que convergen a ella en busca de diversión, visibilidad o transbordo. Separa al Santiago rico del Santiago pobre con su invisible transacción de estilos, tradiciones y procesos de identidad. Visitada –en su mayoría– por jóvenes, Plaza Italia hospeda el frenesí de una cultura *ex-céntrica* que busca entre el Parque Forestal y Bellavista lo usual (el paseo) y lo transgresivo (la drogadicción). El papel de *límite simbólico* y geográfico que ostenta la Plaza la dispone a la transhumancia juvenil. Es una frontera sorda donde a determinadas horas de la madrugada se encuentran y se



*El Puente de Palo, desde la Chimba, Vista hacia el cerro Santa Lucía,
Dibujo de Melton Prior, Archivo Andrés Bello, Universidad de Chile.*

obvian pandillas, traficantes, taxistas, prostitutas, puestos improvisados de comida casera, niños-vendedores¹¹, borrachos y trabajadores que circulan por el sector según su turno laboral.

La performance territorial de la Plaza patrocina la diversidad de viajeros del metro que, subterráneamente, se desparraman por la ciudad a partir de la estación –Baquedano– que hace de punto de conexión para los habitantes de cuatro comunas. En el breve perímetro de su desarrollo, las noches y los fines de semana forcejean por contener el disturbio ritual de las modas, el choque de las identidades, la irrupción de masivos travestismos que se convierten en excitación y temor en la ambigüedad moral de la noche. Plaza Italia es, además del acceso al Cerro San Cristóbal y el edificio de la CTC, sobre todo mirada, riesgo, pausa, desorden, juventud, ruido, exclusión, catarsis, velocidad de cuerpos y voces que manipulan los símbolos frágiles de lo masculino y lo femenino.

Todo esto se transa a los pies de un edificio (el celular más grande del mundo) que cita la globalización transnacional: el edificio corporativo de la Telefónica-Chile, una estructura de 140 metros, 31 pisos, 63.000 mts.² de superficie construida y un terreno de 6.500 mts.², que norma la espacialidad del área con su operación arquitectónica precisa y radical. La Plaza Italia –marcada por este edificio de la CTC y también por la estación de metro Baquedano – desintegra y homogeneiza a la vez los tiempos locales y mundiales, haciendo que los sentimientos de pertenencia devengan retazos, flujos y desorientaciones: *‘La intersección de las líneas del metro que diariamente transporta multitudes de cuerpos semi-periféricos hacia la*

¹¹ En Chile, según la OIT, el 2% de la población infantil trabaja para ayudar a sus hogares, representan un total de 125 mil niños entre seis y diecisiete años, y obtienen en promedio por sus faenas nocturnas (especialmente de jueves a domingos) ingresos entre cinco y veinticinco mil pesos.

estación 'Baquedano' por debajo de la torre imperial de la C.T.C (Compañía Telefónica de Chile) –cuerpos vehicularmente transportados hacia un “centro” cuya densidad física y comunicativa ya no les pertenece desde que los flujos de mensajes son intercambiados satelitalmente por el comercio a distancia de las transnacionales- es apenas una de las innovaciones que rediagrama el cruce de la Plaza Italia según velocidades crecientes de transformación de la ciudad... La Plaza Italia ha tachado los restos históricos y sociales de todo lo que antecedió el prepotente reinado de su novedad arquitectónica (el edificio de la C.T.C) para que ningún arcaísmo de identidad llegue a desmentir el éxito de fachada(s) de la hiperurbanización de Santiago con la vergüenza disléxica de lo pobre, lo retardado'.¹²

¿Pertenezco a la carne y la piedra?

Los habitantes de Santiago se volvieron masivos en los años 60 y 70, cuando las condiciones modernizadoras intentaban planificar la ciudad ante la arremetida de corrientes migratorias poderosas que venían de la zona rural¹³, especialmente del sur del país. Desde la década del treinta el crecimiento urbano comienza a agudizarse en los bordes y serán las comunas de Quinta Normal y Pudahuel (otrora Barrancas), por el occidente; San Miguel y la Cisterna, más las nuevas zonas creadas por la regulación militar en los años ochenta (donde se agrupará un núcleo duro de pobreza urbana), por el sur; Ñuñoa, Providencia y Las Condes,

¹² Nelly Richard, Congelamiento de la pose y velocidades urbanas en Residuos y metáforas, ensayos de crítica cultural sobre el Chile de la Transición, Santiago, Cuarto Propio, 1998. P. 196-101.

¹³ Según diversas fuentes consultadas las migraciones en Chile fueron sostenidas y ascendentes: entre 1907 y 1960 se calcula que cerca de 950.000 personas llegaron a la ciudad. Asociado a ello estaban la pauperización, la vivienda improvisada y la imposibilidad de acceso a los bienes públicos básicos (salud, educación, seguridad, etc.). Este hecho explicitó un tipo de arquitectura precaria realizada con desechos, cartones, plásticos y calaminas que se dio en llamar callampas (por su rápido crecimiento) y que venía a competir con los conventillos, donde solían refugiarse los sectores medios bajos y pobres arrendando piezas de antiguas casonas.

por el oriente, donde la fisonomía de Santiago se enfrenta a un cambio estructural que fomenta la colisión de culturas letradas, emergencias populares, comunidades electrónicas y reductos étnicos. La urbanización ha logrado convertir a Santiago en un ajedrez lleno de piezas sobrantes reclamando un sitio en el tablero.

En 1952, la ciudad tiene 1.489.386 habitantes ¹⁴: un conglomerado significativo viene a ella para mejorar sus expectativas, sobre todo por la oferta de trabajo que generan las políticas de industrialización, pero a su vez esto crea una grave crisis administrativa que se expresa en la carencia de viviendas. Entre 1940 y 1952, el área residencial del Gran Santiago creció cerca de un 40% y sólo dos comunas (de las 17 existentes) conservaron su carácter rural: *'La transformación de suelo agrícola en tierra urbana es un proceso predominante de esta época y los más pobres ocupaban ilegalmente algunos terrenos para construir habitaciones precarias conocidas como 'callampas' (Sabatini, 1982; Valdés, 1983). Las condiciones de vida eran de las más difíciles en estas 'tierras de nadie', cercanas a bordes de ríos de crecidas brutales, ubicadas en laderas de cerros con insalubres basurales y sitios eriazos desconectados de la trama vial'*.¹⁵

Los callamperos representaban el 8% de la población santiaguina -con unas 150 mil personas- y en su mayoría presionaban al estado por una solución de vivienda básica, a través de tomas ilegales de terreno. Según Armando de Ramón, entre 1953 y 1963, ocurrieron 32 *tomas* que involucraron a un

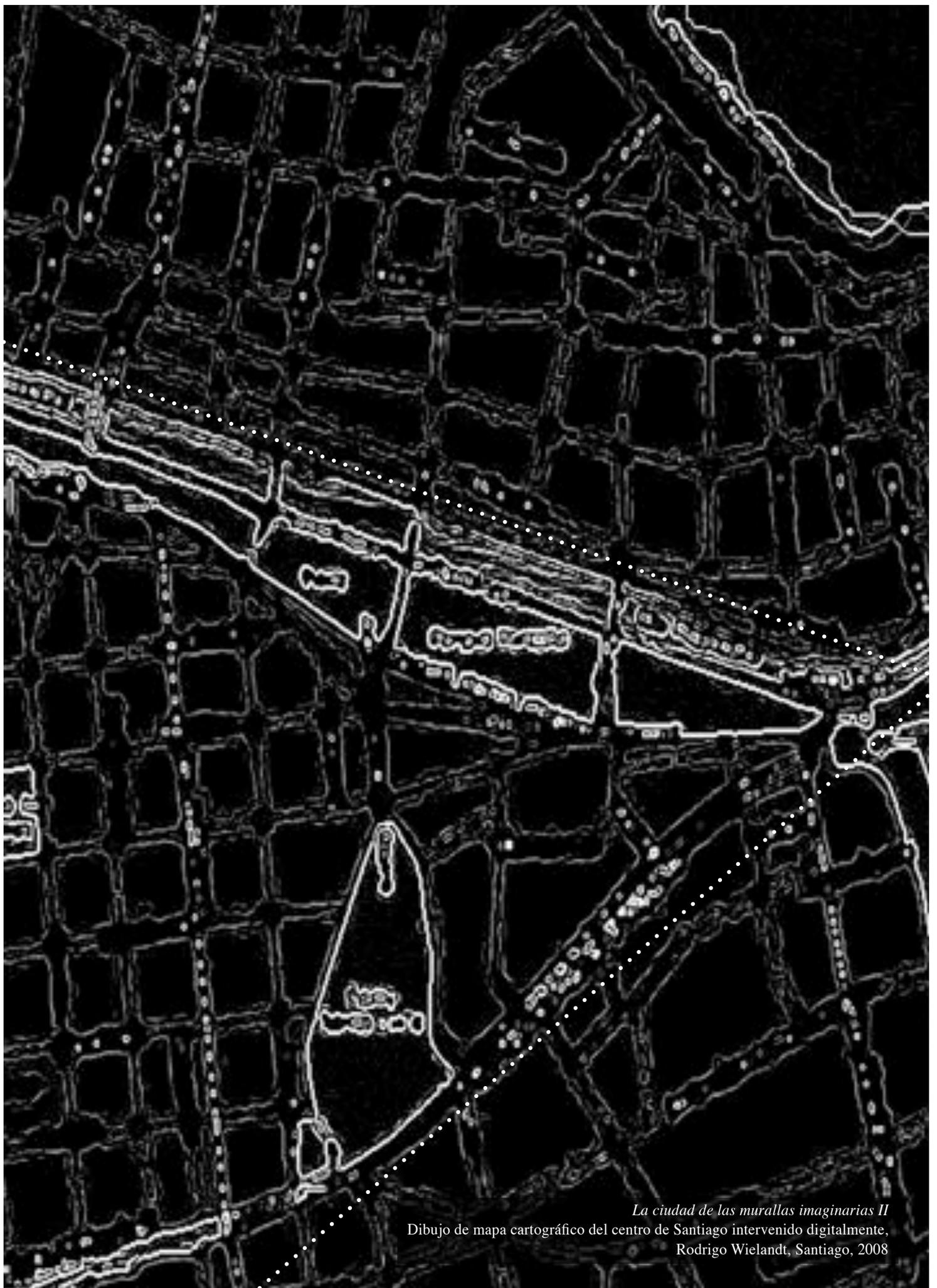
¹⁴ Es importante destacar el proceso de aglomeración demográfica de Santiago, pues éste tiene consecuencias directas en las políticas que se asumieron en el periodo industrial-desarrollista y luego en el neoconservador de mercado. Respecto al primero la documentación histórica señala que: en 1895 la población era de 256.403 personas; en 1907, 332.724; en 1920, 507.296; en 1930, 696.231 y en 1940, 952.075.

¹⁵ Vicente Espinoza: Historia social de la acción colectiva urbana. Los pobladores de Santiago, 1957-1987. en Revista Latinoamericana de Estudios de Urbanismo, vol. 24 N° 72, septiembre 1998, pág 19. Instituto de Estudios Urbanos. Facultad de Arquitectura y Bellas Artes. Pontificia Universidad Católica de Chile.

total de 13.765 familias. La más importante y significativa de ellas que, de alguna manera, le da fuerza simbólica al movimiento poblacional es la realizada el 30 de octubre de 1957: un conjunto de pobladores de la callampa *El Zanjón de la Aguada*, ocupa tierras pertenecientes a la ex-chacra La Feria y a través de un sistema de autogestión y negociación institucional con organismos del estado logra construir la población La Victoria. La Victoria encarna un símbolo disonante y arbitrario, pues ha sido presentada como ejemplo de organización popular militante y obra sacra de la lucha antidictatorial. Modelo de resistencia contra el mecanismo policial y figura etnográfica de la sobrevivencia creativa que asentó la valoración de los movimientos sociales y sus demandas. Sin embargo, la transición democrática desmanteló la iconicidad combativa de la población y a cambio, la entregó al deterioro mediático al criminalizar su plano con las recurrentes noticias de la lucha violenta del dominio narco.

En las décadas siguientes, Santiago aumenta sin medida ni objeto y los problemas de habitat se incrementan. Para finales de los años sesenta, el número de personas viviendo hacinadas en los asentamientos populares alcanza a más de 300 mil, un 12% del total urbano. En igual periodo (1965 a 1973) el 64.5% de la construcción habitacional fue realizada por programas estatales que aumentan el stock de 7.000 viviendas -antes de 1959- a 20.000 unidades -después de tal fecha-. El resultado fue la creación de grandes poblaciones como José María Caro, Lo Valledor, San Gregorio y João Goulart.

En los años setenta, en un contexto de enfrentamiento político desventurado y teatral muchos ven a los pobladores como una fuerza *histórica* de cambio e intentan conectar intereses políticos con



La ciudad de las murallas imaginarias II
Dibujo de mapa cartográfico del centro de Santiago intervenido digitalmente,
Rodrigo Wielandt, Santiago, 2008

reivindicaciones sectoriales. Esta conexión obligada polariza a los pobladores¹⁶ y abre un campo de discusión sobre el vínculo entre lo político y lo urbano en términos de acción reformista o revolucionaria.

Lo *popular* se convierte en la clave heroica de una voluntad utópica de cambio social que le transmite su energía protestataria y reivindicativa a todo el período de la Unidad Popular y del gobierno de Salvador Allende. Santiago, entonces, va incorporando a los sujetos populares de un modo funcional y temeroso: por un lado, acepta al *roto*, un pícaro que hace del ingenio su estrategia para zafarse de la incomodidad social del trabajo, la autoridad o el esfuerzo-, pero compensa su desidia con virtudes patrióticas y generosidad individual; y, por otro lado, persigue al *lumpen* descontrolado y conflictivo cuya potencia desviada siempre lo pone en la orilla contraria del orden, el respeto y la educación. El *roto* es la figura legendaria –según la famosa iconografía de la revista *Topaze*¹⁷-, que encarna esta representación picaresca de lo popular-urbano chileno, exhibiendo un reverso de la configuración alegórica de la Nación que junta desprecio y temores: *‘El roto como metáfora del pueblo, se presenta virtualmente errático. Sin un destino institucional, su única vitalidad parece ser el eterno vagar de su cuerpo. Presentado a nivel gráfico como tramposo,*

¹⁶ “El ímpetu con que crecen las organizaciones comunitarias desde el gobierno de Frei continúa durante la Unidad Popular. Se estima que 800.000 personas se encontraban afiliadas a estas organizaciones (Alvarado et al., 1973). Como los campamentos son más activos y más movilizados que las poblaciones ya consolidadas, como son dirigidos por militantes de los partidos de izquierda en el gobierno, los campamentos se van estabilizando, consiguiendo su equipamiento y convirtiéndose en poblaciones poco a poco. En el curso de este cambio la organización comunitaria se desarrolla dentro de lazos de dependencia con los partidos políticos y la Iglesia católica. Según Vanderschueren (1971b), los pobladores están dominados por una conciencia “dependiente”: el adversario social sigue siendo el “rico”, describe estas diferencias en términos relaciones de distancia social más que de explotación, y las elites políticas aparecen como las únicas capaces de realizar los cambios necesarios y de ayudar a mantener la unidad del grupo. Esta concepción, en resumidas cuentas totalmente instrumental y dependiente de la política, explica que 70 por ciento de los pobladores se ubiquen al “centro” con posiciones que incluyen matices de derecha, como el respeto del orden y el Estado, pero también con tonos izquierdistas por su voluntad de integración (Aldunate, 1971). Castells (1973), en este mismo período califica los comportamientos colectivos de los pobladores como economicistas”. Vicente Espinoza. Op.cit.

¹⁷ Semanario satírico político que constituyó un espacio comunicacional urbano destacado en Santiago. Fue creado en 1931.

ocioso, engañoso, ladino, el roto-pueblo es desactivado políticamente, aunque marca el límite de las clases, las formas de las clases, el riesgo de las clases'.¹⁸

Al igual que en toda América Latina en Chile, el cine, la televisión y la radio¹⁹ van a ser artífices claves de un reconocimiento melodramático de lo popular, donde la fatalidad y el orden natural son los dispositivos de lectura. El barrio, el chisme, el sacrificio, la redención o la paradoja de un sujeto (racional) atado a un destino (mítico) indican la obligación del pobre de sufrir -como ha dicho con tanta claridad Carlos Monsivais²⁰- y del rico de engañarse con la felicidad de los bienes. En la actualidad, por su parte, el relato sobre lo popular toma formas extremas en la histeria urbana, la violencia narco-pandillera y el sexo apurado. En el cine, por ejemplo, desde las tendencias sociológicas de *Largo viaje* (1967) hasta el costumbrismo de mercado de *Machuca* (2006), lo popular ha sido leído como residuo periférico, redención populista, cita folclórica o ensayo social que intenta descifrar el rizoma identitario del pueblo en la triple condición de gracia, chiste y dolor.

¹⁸ Diamela Eltit, "Lástima que seas una rota", Catálogo: Rota: sobre la obra de Juan Domingo Dávila. Galería Gabriela Mistral. Noviembre 1996.

¹⁹ Los programas radiales de los años sesenta y setenta tuvieron la virtud de construir un tejido de referencias sobre lo popular que ayudó a ingresar su existencia a los problemas de la ciudad, pero al mismo tiempo sirvió de modelo de estigmatización. Muchos programas radiales ("lo que cuenta el viento", "espejito", "los ofensores", "radio tanda", etc.) establecieron lazos entre los distintos aspectos de esta cultura y las figuras de la modernización, asimismo facilitaron reconocimientos con la misma pertinencia que consagraron estereotipos.

²⁰ El Melodrama: "No te vayas, mi amor, que es inmoral llorar a solas", en Herman Herlinghaus: Narraciones Anacrónicas de la Modernidad. Editorial Cuarto Propio, Santiago, octubre 2002. Págs. 105-124.

La concentración espacial de los pobres en Santiago va adquiriendo una organicidad en los años sesenta y setenta gracias a las concepciones *intervencionistas*, donde el Estado define y norma la ubicación simbólica de los sujetos, clasifica y distribuye la riqueza, reprime y abre la sociedad con diversos planes urbanísticos para aceptar y regular el crecimiento anárquico de Santiago. En la década siguiente, estas orientaciones terminaron por *‘acelerar los efectos de desintegración social de la ciudad en el periodo de mercado. La misma concentración de la pobreza que en los años 1960 e, incluso, en los 1980 de las ‘protestas nacionales’ contra el régimen militar reforzara políticamente a los pobres, está pasando a ser un factor crucial de su desintegración social. Las causas parecen residir, por una parte, en la flexibilización laboral que agrava la inseguridad económica entre las familias y eleva la importancia de los lugares urbanos social y funcionalmente diversos en el logro de oportunidades de trabajo -las ‘poblaciones’ son marcadamente homogéneas-; y, por otra parte, en los profundos cambios ocurridos en el sistema y la cultura política, entre ellos el retroceso del clientelismo y del reivindicacionismo’*²¹.

De esta manera, las *poblaciones* han sido despojadas de su emblematicidad como zonas político-organizativas de levantamiento de lo popular y, más bien, son tratadas como orillas físicas precarias que declaran la segregación residencial de los “pobladores”. El alza especulativa de los suelos se descentra en busca de nuevos nichos de edificación y avanza hacia las zonas periurbanas, reduciendo el tamaño de la tierra de precios bajos al alcance de los pobres y de los programas de vivienda social. Así, las familias de menores recursos quedan aisladas geográfica y espacialmente, pues los subsidios habitacionales del Estado

²¹ Francisco Sabatini y Federico Arenas: Entre el estado y el mercado: resonancias geográficas y sustentabilidad social en Santiago de Chile, en Revista Latinoamericana de Estudios de Urbanismo, vol. 26 N° 79, diciembre 2000, págs 95-113. Instituto de Estudios Urbanos. Facultad de Arquitectura y Bellas Artes. Pontificia Universidad Católica de Chile.

no: *'encuentran oferta de viviendas en Santiago donde usar ese voucher. Lo más cerca que consiguen son viviendas en comunas y pequeñas ciudades a 40 o más kilómetros de distancia del borde de la ciudad'*²².

Delitos y encuentros

En algún sentido nunca completo y total la ciudad se sobreescribe en el régimen informativo con urgencia y desorden: lo múltiple rompe la edición y a modo de un caleidoscopio junta incendios, atracos, matrimonios, reuniones sociales, festivales de peluquería, visitas diplomáticas esperando conseguir una ilusoria unidad de planos que sólo dura el tiempo del acontecimiento narrado sin que la fugacidad del relato deje huellas de experiencia. La comunicación propone un doble juego de crisis y enmienda: de un lado, construye la extensión y ubicuidad de lo urbano cosiendo, en una generalidad fingida, pedazos de orden, sentido y placer que dan forma a la utopía de la ubicación instantánea y pareja de los flujos globalizados y, de otro, recorta la ciudad clasificándola de acuerdo al canon del estigma y de la exclusión, discriminando los cuerpos que se salen del libreto publicitario de la euforia comunicacional.

La ciudad de Santiago padece los efectos de una telecomunicatividad que subsume su desintegración en las redes, como si los circuitos y los cables - por medio de la conexión incansable- pudieran ayudar a disolver el malestar. Habiendo sido lo público casi enteramente reducido a consigna mediática, es difícil saber cuál es hoy el vínculo que une política y ciudad. ¿Dónde se colocan las zonas intersticiales que permiten reconocer las diferencias sociales no consumidas por la mediatización de las hablas?

²²Sabatini y Arenas. Op.cit.

La ciudad, en todo caso, jamás agotada por la virtualidad de las escenas, retorna periódicamente a las historias de impureza y sangre que la crónica policial activa para recrear lo monstruoso y su infracción²³. Los temores urbanos reproducen el mito de lo siniestro y lo raro a fin de desnaturalizar al criminal y dejarlo fuera de toda compasión moral. Los sujetos proclives a este tratamiento comunicacional y público son aquellos con un *modus operandi* delictivo transfigurado en perversión, sadomasoquismo y descomposición psíquica. El caso de los *sicópatas de Maipú* –que en el año 1995 conmocionó a Santiago con la belicosidad de lo desviado- permitió la conexión oscura entre una geografía del terror y el pánico sexual. Diez adolescentes fueron secuestradas en los contornos familiares de Maipú, los delincuentes, un hombre y una mujer, drogaban y violaban a las jóvenes quienes eran filmadas para complacer los gustos exóticos de clientes europeos ansiosos de reality show pornográficos. David Calisto Núñez y Alicia Quijada, desarticularon la cotidianidad de la comuna al introducir su presencia inclasificable en la normalidad, al hacer sentir a ésta como una puerta posible al horror, donde el propio entorno de luz y quietud tiene la insospechada delgadez del hilo que separa lo anodino de lo tremendo. Su actuar calculado fue motivo de múltiples especulaciones que excitaron la figura del mal y obligaron a racionalizarlo para que los ciudadanos no percibieran su vida indefensa y a los aparatos policiales inútiles, sin embargo los criminales se suicidaron antes de ser atrapados impidiendo la confesión purgativa y la condena escarmentadora.

Roberto Martínez Vásquez, apodado el Tila, también deterioró la insignificancia de lo habitual con asesinatos y violaciones que

²³ Entre los variados archivos del margen delictual que han cubierto a Santiago de sorpresa y misterio se encuentran los sucesos del descuartizado, el asesinato de Rodrigo Anfruns, las violaciones de Jaime Carter en Las Condes entre 1987-88; la figura desconcertante de Ema Pinto; el salteador del Cerro San Cristóbal Fernando Santander y otros cuyo prontuario los convirtió en objeto especulativo del discurso urbano respecto a la voluntad confusa del daño.

sometieron la ciudad al terror y a la expectación sensacionalista generada alrededor de muerte violenta. Apodado el *sicópata de La Dehesa* se convirtió –durante el año 2002- en la encarnación de todos los errores mundanos y en la falla de todos los servicios asistenciales. La prensa encontró en él la medida justa del asesino en serie; con una personalidad *compleja* e inapropiable para el perfil del ratero común, sirvió de espectro a las cadenas informativas que, intentando explicar su desvarío, lo reeditaban –todos los días- en versiones inconexas que iban desde la psicología clínica hasta el doblaje cinematográfico; desde la conjetura policial a la sentencia conductista avalada por remozadas tesis de darwinismo social. La revista Qué Pasa, por ejemplo, escribió en su momento: *'Su bautizo como 'el sicópata de La Dehesa' resultó mezquino. Porque no se trataba sólo de un maniático sexual. Era mucho más que eso y peor. La diversidad de los delitos de Roberto Martínez Vásquez y su extenso prontuario desbordaron con creces los anales de la historia policial del país, convirtiéndolo en una especie de Frankenstein, que aglutina los componentes más aberrantes del mal en una sola persona'*²⁴.

Durante un par de meses, su vida fue desmembrada en episodios de insanía y crueldad que retenían a Santiago en lo horrible. Sus hábitos de lectura y modales incrementaron la alucinación mediática por su carácter y se convirtió en una novedad criminalística, pues representaba un tipo de delincuente desaforado y lúcido, pisando la delgada línea de lo diabólico. Después de ser capturado se ahorcó con el cable de una máquina de escribir (en la que había comenzado a escribir su biografía) regalada por el juez que sustanciaba su causa.

²⁴Revista Qué Pasa. La suma de todos los males: ww.quepasa.cl/revista/2002/07/12.

Aunque el texto puede ser apócrifo el Tila, dejó un relato postmortem inquietante: *‘¿Por qué ahora que estoy muerto, frío y duro como la piedra, me persiguen cual celebridad del jet set o de la farándula o quizás de la política? Yo no busqué la fama, pero ésta- la muy maldita- llegó cuando estaba vivo, no fui acaso un caníbal, igual o superior a Hannibal Lecter, pero de la vida real. A mí también me sacaron las entrañas en el Instituto Médico Legal y también el cerebro. Dicen que para estudiarlo, para navegar por esos recónditos canales de la mente humana, para averiguar por qué causa me convertí -¿o siempre fui ese despiadado sicópata por culpa de endiablados genes o de esos daños orgánicos que sufrí cuando era muy pequeño, al lado de unos tíos travestis y de una madre indiferente?- en un asesino despiadado de gente adulta, porque me arrepiento de haber golpeado a un niño de 9 años, cuando estuve en la Rinconada de Huinganal, en La Dehesa’²⁵.*

Postales negras

Al intentar hacer un diagrama (siempre incompleto) de Santiago algo no funciona en la imagen, la ciudad produce su propio descalce y triunfa sobre cualquier pretensión de totalidad discursiva. Por ello, más que buscar claves insinuamos puntos y fracciones, entendiendo que a lo mejor la catástrofe es la modernización, pero sabiendo que nunca se realiza porque lo moderno no es ruina del pasado sino del futuro, es decir es una ruina suspendida, imposibilitada de realizarse y sólo aventurable por la ficción de un ensayo, de este ensayo amenazado por la pluralidad del tiempo y la anacronía de los signos.

²⁵El Tila se sentía derrumbado: [www. Mercuriovalpo.cl/site/apg/reportajes](http://www.Mercuriovalpo.cl/site/apg/reportajes). Domingo 22 de diciembre de 2002.



*Cables de Macul, de la serie La ciudad de las murallas imaginarias,
Fotografía intervenida digitalmente,
Rodrigo Wielandt, María de los Ángeles Cornejos, Santiago, 2009*



*Paso bajo nivel Santa Lucía,
Fotografía, Arturo Cariceo, 2009*